

NUEVA ACTUALIDAD DEL PAKISTAN Y EL PROBLEMA DE CACHEMIRA

La crisis fronteriza y las sucesivas etapas de las malas relaciones más o menos bélicas, existentes entre la India y China comunista, no sólo han provocado sacudidas de grandes amenazas de conflictos en las comarcas del Himalaya y sus prolongaciones. También han servido para provocar una serie de otras sacudidas y de reacciones indirectas en los territorios contiguos, y en varios aspectos relacionados con los equilibrios internacionales en el Asia meridional. Entre todas las repercusiones laterales las más importantes han sido y siguen siendo aquellas referentes a los pleitos pendientes entre la India y el Pakistán. Ya es generalmente sabido que el mayor y el fundamental es, entre tales pleitos, el del definitivo destino del disputado y provisionalmente partido territorio del Cachemira o Kashmir. El hecho de que el año 1948 no se hayan podido aplicar las resoluciones que la O. N. U. tomó en 1948, siguió reiterando hasta 1957, y siguió considerando esenciales en junio del pasado año 1962, es aún la mayor dificultad de solución. La posterior penetración en territorio netamente cachemirano de varios núcleos de tropas chinas atacantes ha hecho que por primera vez hayan surgido esperanzas de un compromiso indo-pakistano sobre Cachemira. Aunque hasta el momento no existan acuerdos en firme; pues solamente hubo conversaciones de cambios de impresiones preparando una conferencia posterior de nivel ministerial que se inició el miércoles 16 de enero.

En una nota anterior, de la *Revista de Política Internacional*, con el título de «Las zonas de presión en la actualidad indostana», se destacaba el hecho de que los primeros meses del año anterior señalaron unos momentos que coincidían con los puntos más agudos en la mayor parte de los problemas del semi-continente indostánico. La actualidad más visible y más ruidosa era entonces la del resultado de las elecciones parlamentarias en la

República de la Unión India. Pero durante el desarrollo de la campaña electoral, ya pudo observarse cómo las situaciones de provisionalismos exageradamente prolongados en que se encontraban las zonas montañosas de las fronteras indias del Nordeste y el Noroeste, repercutían en las inquietudes de las masas.

Respecto a los dos sectores limítrofes con China, no puede olvidarse que en la propaganda de los partidos opuestos al gubernamental partido del Congreso, se incluían desfiles con pancartas en contra del entonces ministro de Defensa, Krishna Menon, precisamente porque en el Himalaya no se preocupaba por defender nada. En cambio, la actitud de los grupos indios opositoristas ante lo de Cachemira era menos definida y menos decidida. En realidad, la intransigencia que en la cuestión cachemirana han mostrado, desde la independencia de la India, los gobernantes de Nueva Delhi, ha sido más oficial que popular. Ya desde el tiempo de la ocupación británica, fué evidente el empeño personal de Yawaharlal Nehru en retener Cachemira a todo trance. Acaso porque la familia de los brahmanes Nehru era originaria de dicho territorio.

En realidad, la incorporación definitiva de Cachemira a la parte de la península indostana que tiene por capital a Rawalpindi es la más lógica geográficamente, no sólo por el conocido hecho físico de que Cachemira es la cabecera de los ríos que riegan y dan vida al Pakistán occidental, sino por el otro hecho humano de que en Cachemira y Pakistán son musulmanes las mayorías de sus habitantes. Después de 1953, los escasos lazos generales existentes entre el Estado indio de Nueva Delhi y el pueblo cachemirano, se hicieron mucho más artificiales, después de que los gobernantes de la Unión India encarcelaron, con carácter definitivo, al leader local del movimiento popular y nacional de Cachemira, es decir, el Chej Mohemmed Abdul-lah. Ha de recordarse que dicho Chej no había sido en los comienzos de 1947 adversario de la India, sino que en muchos puntos la ayudaba, y creía posible conservar en el semicontinente una forma de cooperación triple en la cual Pakistán, Cachemira y la India fuesen tres miembros. De todos modos el Chej creía que en último término el destino final de Cachemira debía determinar el pueblo cachemirano por medio de elecciones libres. Esto se parecía mucho a la solución recomendada y aprobada por la O. N. U. En todo caso los gobernantes de Pakistán siempre fueron favorables al plebiscito por estar convencidos de que la cultura y las costumbres comunes de pakistaníes y kashmiríes haría a los segundos votar su unión con los primeros. Pero el

Chej Abdul-lah fué encarcelado por segunda vez en 1958 y así sigue al comenzar 1963.

El 9 de agosto del pasado 1962 cumplió el Chej Abdul-lah el noveno año desde su encarcelamiento. Con este motivo hubo en todo el territorio cachemirano ocupado por el Pakistán (es decir, el llamado «Azad-Kasmir» o «libre Cachemira») un «Sheikh Abdullah Day», que tuvo el carácter de una jornada de luto. Entonces se recordó que cuando el Chej fué detenido y encarcelado, ocupaba el puesto de primer ministro del Gobierno provisional de Cachemira. La causa principal de su prisión fué haber recordado a los gobernantes de Nueva Delhi que el destino de Cachemira tenía que ser ratificado por su pueblo, en un plebiscito libre y con inspección neutral. Después de su arresto el Gobierno de la India ha ofrecido varias veces al Chej reintegrarle en su cargo; pero éste siempre se ha negado a hacerlo en tanto que no se permita la expresión de la voluntad popular.

En aquellos mismos días varios de los más moderados periódicos de Europa occidental publicaban artículos favorables al Chej Abdullah y a las tesis pakistanas sobre él. Así, mientras el londinense *The Times* decía que la prolongada detención del jefe cachemirano era la mayor muestra del «bajo nivel que lo legal alcanza en la India», la publicación suiza *Neue Zürcher Zeitung* presentaba a Mohammed Abdul-lah como «un héroe de la libertad». Por otra parte, resulta que desde el mes de junio el Gobierno de Nueva Delhi había concentrado en el sector cachemirano del Baltistán la mayor parte de las fuerzas del ejército indio, alegando los incidentes fronterizos con las tropas chinas. Pero a la vez se señalaba en el corazón de las provincias indias centrales y meridionales una persecución declarada contra los musulmanes locales. Así, en el Estado de Tripura y en lo que fué Estado de Hyderabad. En estos y otros sitios, núcleos de musulmanes eran expulsados de sus hogares por las autoridades locales, pero sin que lo impidiese el Gobierno de Delhi. Todo esto junto, daba en los círculos políticos y los centros de información pakistanies la impresión (no se sabe si exacta o equivocada) de que la India albergaba intenciones bélicas; no sólo en Cachemira, sino sobre todos los sectores islámicos del semi-continente indostano.

Agosto señaló precisamente una etapa de presiones intensificadas de los indios, dentro de las diversas zonas de Cachemira, y en otros sitios fronterizos del Pakistán oriental. En este sector oriental la prensa señaló entre el 6 de julio y el 13 de agosto nada menos que trece violaciones indias de fron-

teras, todas acompañadas de incursiones en las que se quemaban casas, se raziaba ganado, y eran maltratados o raptados muchos pakistanos y pakistanas. Sobre Cachemira fué K. H. Jurshid (es decir, el titulado jefe de un Gobierno provisional de los exilados cachemiranos unidos al Pakistán), quien al comienzo de septiembre denunció el proyecto existente en Nueva Delhi de que su parte ocupada de Cachemira dejase de formar una entidad especial y fuese dividida en varios trozos que luego se agregasen a varias provincias indias vecinas.

Estos eran los problemas de política indostana que más preocupaban en los círculos políticos de Karachi y de Rawalpindi, precisamente cuando desde el 9 del mismo septiembre las tropas chinas iniciaron su ataque y penetración contra la India a lo largo del sector oriental del Himalaya. Desde entonces hasta el 18 de octubre, se sucedieron las notas y contra-notas donde los dirigentes de Pekín y Delhi se culpaban mutuamente. Fracasadas las palabras se pasó otra vez a las armas; desde las fechas del 19 al 21 de octubre, que marcaron el comienzo de la sistemática y continua ofensiva china que duró hasta el alto el fuego del 1 de diciembre. Durante este período, los responsables del Pakistán, sólo se fijaron en el hecho inmediato de que toda la fuerza militar india se tenía en movimiento. Y su recelo les inclinaba a creer fundamentadas las notas del 3, el 11, el 13 y el 23 de octubre que desde Pekín se enviaron a Nehru acusando a las tropas indias de ser las provocadoras.

La intensidad enorme (y hasta cierto punto exagerada) con que en Pakistán preocupaban los movimientos de tropas indias, fuese por el motivo que fuese, explicaron que desde el 26 de octubre la preocupación originase estados de alboroto popular. Ese día 26 fué aquel en que el presidente de la República de la India proclamó oficialmente el Estado de emergencia en todo el territorio. El 27 siguió la noticia de que Gran Bretaña enviaría armas a la India; y el 29 fué la entrega a Nehru de la carta en que Kennedy prometía el envío de armas norteamericanas. Todo ello hizo que el inicial recelo pakistano se convirtiese en verdadera alarma.

La primera manifestación gubernamental de la alarma fué el 29 de octubre, la declaración hecha por el ministro pakistano de Asuntos Exteriores, Mohammed Ali, de que cualquier ayuda militar intensa de los Estados Unidos a India sería considerada por Pakistán como un «acto inamistoso, pues nadie podía responder del uso que los gobernantes de la India harían de las armas y de todo el material militar entregado». El 13 de noviembre el

jefe del Estado del Pakistán, mariscal Ayub Jan, envió al presidente Kennedy un mensaje expresando las inquietudes por el apoyo a un rearme indio en gran escala. Entre tanto la alarma popular y las objeciones oficiales, dieron por resultado el que se considerase necesario consultar a los elementos representativos constitucionales. Así la Asamblea nacional fué convocada para celebrar una «sesión de emergencia» el 21 de noviembre.

Después fué la jornada del día 16, en la cual los habitantes de todo Pakistán, oriental y occidental, hicieron un «Protest day» con paro general y un aire como de luto o de dolor. A la vez se divulgaban las opiniones más indignadas de los jefes de los movimientos y las comunidades representativas. Por ejemplo, la del presidente de la Liga Musulmana, Jawaya Nazimuddin; la del representante del Gobierno provisional del Pakistán occidental, Abdul Qader Saujrani; la del representante provincial del Pakistán oriental, Abul Qasem; el jefe del grupo pakistano popular en la Asamblea nacional, Farid Ahmed; el jefe del Gobierno del «Azad Kashmir», K. H. Jursid; el portavoz de las tribus autónomas de la frontera Noroeste, Sardar Doda Jan Zarakzan; el líder de la oposición en la Asamblea nacional, Sardar Baha Bahadur Jan, etc., etc.

La prevista sesión de emergencia de la Asamblea nacional se celebró en Rawalpindi, durante tres días seguidos, a partir del 21. En la sesión, el mariscal Ayub Jan hizo una exposición verbal muy extensa y completa sobre todos los aspectos de los pleitos indo-pakistanos, el problema de Cachemira, el de la paz del semi-continente indio; el de las relaciones del Pakistán con la Commonwealth, el Mercado Común europeo, la C. E. N. T. O. y la S. E. A. T. O., etc. En general, Ayub Jan se mostró dispuesto a buscar toda clase de soluciones «pacíficas, amistosas y fraternales», entre su país y la Unión India. Así volvió a insistir en la necesidad de que en Cachemira se apliquen las decisiones de la O. N. U. para una expresión de la voluntad de su pueblo, pero sin que esta solución sea impuesta a la India forzosamente, sino tranquilamente negociada su aplicación. Aunque el 1 de diciembre Nehru hizo ante el Parlamento de Nueva Delhi una declaración tajante de que de ningún modo haría concesiones en Cachemira.

El mismo 1 de diciembre había sido el día en que los chinos completaron su alto el fuego, y comenzaron la retirada; después del espectacular avance que hubo llevado sus tropas hasta los extremos del Assam. Todo el anterior noviembre había señalado para los indios momentos de verdadero gran peligro, puesto que sus tropas tenían que ir cediendo terreno continua-

mente ante las tropas enviadas desde Pekín. Sin embargo, el grueso del ejército indio (es decir, unos contingentes de varios cientos de miles de hombres) no dejó nunca de estar concentrado junto a los límites del Pakistán. Este hecho anormal fué especialmente señalado por el presidente Ayub Jan en su discurso de Rawalpindi.

Al margen de todo el curso central de los acontecimientos que impedían a los pakistanos compartir los sentimientos que en Londres y Nueva York se expresaban sobre la indefensión de la India, había otras opiniones extranjeras que apoyaban el recelo de dichos pakistanos o pakistaníes. La más destacada fué la del ministro de Asuntos Exteriores de Australia, Sir Garfield Barwick. En el curso de una visita oficial que hizo a Karachi entre el 27 de noviembre y el 5 de diciembre, Sir Garfield Barwick declaró (durante una conferencia de prensa) que él creía muy justificada la ansiedad del Pakistán ante el crecimiento de la capacidad militar de la India.

Diciembre fué el mes durante el cual Gran Bretaña y los Estados Unidos multiplicaron sus gestiones para convencer a Ayub Jan y sus colaboradores de que aceptasen los puntos de vista anglosajones sobre la India. Las gestiones comenzaron a fines del anterior mes, con la visita a Rawalpindi del ministro británico de la Commonwealth, Duncan Sandys; siguieron con la otra visita del ayudante del secretario norteamericano de Estado, Averell Harriman. A los dos enviados respondió Ayub Jan que su país siempre estaba dispuesto a celebrar conversaciones con el Gobierno de la India con el objeto de «allanar toda hostilidad». Sin embargo, quedó sobreentendido que la aceptación no era incondicional, sino subordinada al sentido realista que manifestasen en Delhi.

Las conversaciones indo-pakistanas sobre Cachemira comenzaron por fin en Rawalpindi el 30 de diciembre. En ella tomaron parte una delegación especial pakistana presidida por el Sayid M. Z. Bhutto, y una delegación india presidida por el Sardar Swaran Singh, ministro de ferrocarriles en el Gobierno de Nueva Delhi. Aquella reunión estuvo solamente consagrada a un cambio de impresiones sobre los respectivos puntos de vista. Después la delegación india se fué declarándose muy satisfecha, y se anunció que las conversaciones verdaderas comenzarían en Nueva Delhi desde el 16 de enero, en un nivel o escala ministerial. Esta segunda etapa sería para estabilizar definitivamente la «atmósfera amistosa» preparada en la reunión de los tres días en Rawalpindi. La tercera y definitiva podría ser una

entrevista cumbre, entre Ayub Jan y Nehru. Por lo pronto, Ayub Jan y Nehru accedieron en principio, según un comunicado conjunto publicado el 30 de diciembre. También se anunció que la entrevista tendría lugar en Delhi.

Sin embargo, hacia la mitad de enero, y en vísperas de la fecha prevista para la segunda etapa de las conversaciones entre los representantes de las dos naciones indostanas, se notaba que ninguna de las dos partes, manifestaba verdadero entusiasmo. Hasta entonces la mayor parte de lo conseguido (sobre todo respecto a la India, que siempre fué más obstinada o menos transigente respecto a Cachemira) se debió, y se ha seguido debiendo, a la necesidad o la convivencia de no romper los lazos de unión que India y Pakistán conservan con Norteamérica, con Gran Bretaña y, sobre todo, con la Commonwealth.

En el caso de los dirigentes de Nueva Delhi ha sido también evidente su convicción de que no obtendrán de las potencias anglosajonas toda la ayuda militar que necesitan, en tanto que sus relaciones con Pakistán no mejoren sensiblemente.

Subsiste, sin embargo, una gran dificultad de principios teóricos. Es la que se refiere a que en el pleito de Cachemira no pueden coordinarse los dos conceptos de que el problema cachemirano sea un asunto «abierto» o un asunto «cerrado». Este segundo punto de vista es el que con mayor empeño ha venido sosteniendo Yawaharlal Nehru. Se trata de atribuir un valor legal absoluto a la decisión del año 1957 por la cual el Parlamento de la Unión India declaró unilateralmente que Cachemira pasaba a ser una provincia india como otra cualquiera. En cambio, los gobernantes del Pakistán insisten en que la cuestión de Kashmir sigue «abierta» en tanto que no se lleve a cabo el plebiscito dispuesto por la O. N. U.

El empeño de afirmar que jurídicamente y diplomáticamente las fronteras de las zonas cachemiranas y otras zonas vecinas siguen en estado legal de zonas de negociación es lo que más ha venido aproximando los puntos de vista de la nación pakistana y de la China comunista. Dejando a un lado tanto las diferencias ideológicas como sus propias indeterminaciones fronterizas chino-pakistaníes, los gobernantes de Karachi y de Pekín afirman a la vez que como las fronteras existentes son «residuos coloniales» procedentes del tiempo de la ocupación inglesa, su trazado definitivo debe ser marcado, de nuevo, y por los pueblos de la región. Este es un principio que ofrece as-

pectos falsos y contradicciones, pero al cual se han aferrado en Pekín y Rawalpindi con verdadera tenacidad.

En enero de 1961 fué establecido el primer acuerdo de principio entre China y Pakistán, respecto a la necesidad de que sus arreglos de fronteras se hiciesen siempre pacíficamente. El 15 de mayo de 1962 se publicó un comunicado conjunto chino-pakistano, manifestando haber declarado y ratificado el acuerdo inicial anterior. El 15 de septiembre dijo el ministro pakistano del Exterior, Mohammed Ali, que Pakistán deseaba que las relaciones con «su gran vecino» China se desarrollasen en todos sus aspectos según el espíritu y la letra de los principios proclamados en la conferencia afroasiática de Bandung en 1955. Y el 6 del corriente enero fué firmado en Karachi un tratado de comercio entre una delegación pakistana y una delegación china especial que presidía el ministro chino adjunto del comercio exterior, Lin Hai Yun.

Volviendo a los aspectos indo-pakistaníes es evidente que lo que más dificulta un arreglo del pleito cachemirano no son ya los aspectos esenciales territoriales, sino, sobre todo, las cuestiones de prestigio. En el sector indio van siendo ya muchas las personalidades importantes que hacen declaraciones favorables a los puntos de vista del Pakistán respecto a la necesidad de un plebiscito. Las principales entre dichas personalidades son el jefe del partido «Movimiento Sarvodya», Jaiprakash Narain, y el «leader» principal de los sijs, es decir, Master Tara Singh. Ambos han dirigido mensajes a Nehru solicitando de él que acceda a que el pueblo cachemirano defina su propio porvenir. E incluso han aparecido propagandistas indios que proclaman su convicción de que la mayor parte de los musulmanes de Cachemira son decididamente favorables a la unión con Pakistán. Tal es, sobre todo, la opinión del señor Prem Nat Bazaz, el cual ha publicado en este sentido una serie de artículos en el periódico de Calcuta *Radical Humanist*.

Pero si van surgiendo indios favorables a hacer concesiones al Pakistán, esto se compagina difícilmente o aparece como incompatible con el empeño que por otra parte tiene que demostrar la India entera para defender su territorio contra las invasiones y las conquistas chinas. Claro es que los términos no son completamente equivalentes, puesto que Pakistán forma parte del mismo semicontinente que la India y en cambio China es ajena a él. Pero siempre existe la repugnancia india a ceder territorios que en Nueva Delhi se consideran como nacionales y propios de la República de la

Unión India. Así se buscan ahora nuevas fórmulas de transición que en el caso cachemirano podrían comenzar por establecer una especie de condominio. Esta fórmula se atribuye a las sugerencias apuntadas directamente desde la Casa Blanca de Washington a los dos Gobiernos de Delhi y Rawalpindi. Cachemira se convertiría en una «comunidad indo-pakistaní»; como un condominio en el cual la India conservase el control de aquellas vías estratégicas que se considera indispensables para defender la región ante los ataques chinos. En cambio, Pakistán iría teniendo un papel creciente en la administración local; y al final Cachemira podría ser un Estadillo especial bajo dos protecciones. Los gobernantes norteamericanos creen que este proyecto tiene una doble ventaja (aunque sea una ventaja en cierto modo negativa). O sea, que permite soslayar las cuestiones de cesiones territoriales que tanto repugnan en la India, y no reconocer la legalización del actual *statu quo*, que es uno de los puntos más inaceptables para el Pakistán.

En todo caso, los mayores efectos de que en Delhi se llegue o no se llegue a un acuerdo en las negociaciones indo-pakistanas definitivas que han comenzado en la segunda parte de enero, pueden depender enormes cambios; no sólo en el semicontinente indostano, sino en el Oriente Medio, el Asia meridional en general, y la estrategia mundial de las grandes potencias anglosajonas. Se trata de que si fracasan los arreglos iniciados, y la India sigue intensificando su rearme de espaldas al Pakistán, este país podrá abandonar sus nexos con Inglaterra y Norteamérica, considerándose abandonado o traicionado por ellas. El abandono sería desde luego retirarse de los dos sistemas militares de la N. A. T. O. y la S. E. A. T. O. (según Ayub Jan comenzó a apuntar en junio, y la Asamblea Nacional pakistana reclamó tumultuosamente en noviembre). Aunque también se ha apuntado la posibilidad de que si el enfriamiento de relaciones entre China y Rusia continúa hasta extremos de verdadera separación o ruptura, los gobernantes pakistanos busquen en un mayor acercamiento con la U. R. S. S. nuevas fórmulas de equilibrio.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

CRONOLOGIA